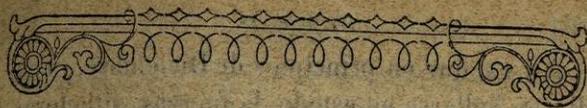


la conducta de nuestros conciudadanos en los Estados-Unidos, que se esfuerzan en levantar tropas para auxiliar á aquellas de sus provincias que se hallan en estado de rebelion." Nada hay que agregar á estas equitativas y luminosas observaciones.

Pero volvamos á lo que pasaba en Béjar en los dias de su asedio por los colonos de Tejas.



CAPITULO XV.

Ataque de los facciosos á la ciudad de Béjar.—Arribo extemporáneo del inspector Sanchez con auxilios y reemplazos de tropa.—Posicion crítica del general Cos.—Evacuacion de Béjar y retirada al Alamo.—Desercion de las tropas que salian de Béjar.—Desorden en las del Alamo.—Capitulacion de este fuerte.—Retirada de nuestras tropas para Laredo.

Inmediatamente que se verificó el nombramiento de Burligson de que hemos hablado en el cap. 13 para ponerse al frente de las colonias sublevadas, las operaciones sobre Béjar tomaron un carácter tan serio como hasta entonces no se habia supuesto. El nuevo gefe mandaba en persona aquellas fuerzas y al tomar el mando acababa de aumentarlas con hombres y auxiliarlos con armas y municiones entre las cuales llevó una coronada del calibre de á diez y seis y el cañon de á cuatro que se habia tomado á los nuestros en la jornada del dia 28 de Octubre, en la emboscada que se les puso, como tambien queda referido en el cap. XI.

Así es, que en principios de Diciembre, ya pudieron hallarse en estado la fuerzas sitiadoras, que se habian mantenido estacionarias en la mision de la Concepcion de avanzar sobre Béjar; y lo hicieron con tal arrogancia, que el dia 4 de dicho mes hubo un fuego tan vivo y general sobre los edificios y parapetos, que confirmó, cuán decididos venian á tomar á toda costa la ciudad; y en efecto, la habrian tomado aquel dia, si no hubiese sido por la enérgica y defensa que supieron oponer sus defensores; sin embargo, no ocasionó desgracia alguna en la guarnicion; solo el cabo de gastadores de Morelos, recibió una fuerte contusion proveniente de una de las piedras que hizo saltar una bala. El dia 5, á las cuatro de la mañana, el subteniente Avilés, que se hallaba de observacion sobre el campo enemigo, con un sargento un cabo y cuatro hombres del mismo batallon, se retiró dando parte que los rebeldes se dirigian sobre la ciudad, lo que en efecto verificaron cubriéndose de los fuegos de jacal en jacal y de casa en casa, hasta apoderarse de las de D. N. Beramendi y D. Antonio de la Garza, que están situadas por el lado de la plaza que mira al Norte, distante solo una cuadra de las casas que forman aquella y que se hallaban defendidas con parapetos y cortaduras en las bocacalles. Desde el momento que los enemigos fueron avistados, se les rompió el fuego por los que defendian dichas cortaduras y las casas laterales; pero desgraciadamente ninguno de estos fuegos eran de flanco porque se habia cometido la inadvertencia de no establecer los para-

petos de manera que se protegiesen mutuamente; y así la defensa de cada uno de ellos era esclusivamente reducida á su frente, y nada mas: con lo que los agresores con poco trabajo podian evitar los tiros ó irse pasando de un edificio á otro sin ser ni aun vistos de los mismos que los defendian. El fuego duró tres horas, habiendo habido un muerto y varios heridos por nuestra parte, y los enemigos quedaron posesionados de las mencionadas dos importantes casas.

El dia 6 el fuego continuó de parte á parte sin dar ninguna ventaja á la una ni á la otra; y el 7 se rompió de nuevo al toque de la diana. Se siguió hasta las dos de la mañana, á cuya hora los enemigos lograron incendiar una cerca de madera, situada á la espalda de una de las casas que se estaban disputando y que servian de parapeto á los nuestros; cuyo incendio se comunicó tambien á la del cura que es una de las que forman el lado del Norte de la plaza, fué, pues, preciso abandonar dichas cercas y reducirse á la defensa con las paredes de las mismas casas horadándolas para poder introducir los fusiles y hacer un fuego muy directo y de bien poca utilidad. Ademas se construyó una barda en el zahuan de la del cura para que al mismo tiempo que sirviese de parapeto á los que estaban en ella, cerrase el paso á los enemigos que podian pretender desembocar por allí en la plaza; quedando estos edificios defendidos por solo dos oficiales y catorce hombres.

Cada dia de fuego era consiguiente que hubiese muertos y heridos y los defensores iban

disminuyendo tan sensiblemente que varios puntos solo eran defendidos por los oficiales y tres ó cuatro soldados cada uno. Habia otra especie de fatalidad, si así se puede llamar: la falta de artilleros para servir las piezas en los parapetos; así es que se echaba mano de buenos soldados viejos de Morelos para manejarlas y esto acarrea un doble perjuicio, porque hacian falta en los parapetos con sus fusiles cuyos tiros podian dirigir en todas direcciones, al mismo tiempo que no podian desempeñar muy bien el oficio de artilleros; y por lo mismo no podian en juego sin ninguna ventaja unas piezas que solo podian hacer fuego al frente de los parapetos en que estaban colocadas; y que los enemigos tenian muy poco trabajo para evitar sus tiros cubriéndose con las casas y jacales de las inmediaciones y que tampoco les impedía avanzar de parapeto á parapeto, sin sufrir daño alguno.

A las ocho de la mañana del dia 8, los enemigos se apoderaron de la casa de los Navarros que estaba contigua á la que servia para cuartel al batallon de Morelos, y entonces se hallaba defendida por un piquete de tropa del mismo cuerpo. Comenzaron luego á practicar ahugeros en las paredes que los separaba de los nuestros; y haciendo estos igual operacion, por su parte se dió el ejemplar de que una misma pared sirviese de escudo á unos y otros combatientes; y de que fuesen tomadas alternativamen las piezas de las casas de una en una, siendo atacadas y defendidas del mismo modo, ya por los nuestros, y ya por los enemigos: contienda que aunque duró

todo el dia, solo nos ocasionó tres oficiales heridos y varios individuos de tropa.

Apenas apareció la aurora del dia 9, que de una y otra parte se comenzó un fuego vivísimo en medio del que entró el convoy que conducian el coronel Ugartechea y el ayudante inspector D. José Juan Sanchez, á cosa de las nueve de la mañana, como ya se dijo poco antes. Al medio dia se suspendió algun tanto el tiroteo habiendo tenido la guarnicion varios muertos y heridos.

En la tarde dispuso el general Cos, situar un cañon de á cuatro en el rastro ó carnicería que está al Poniente de la ciudad, y entonces fuera de cortaduras, mandado por el capitan D. Manuel Barragan y sostenido por la compañía de Laredo á las órdenes del capitan D. Manuel Lafuente, con el objeto de ver si de esta manera se podia batir con mejor éxito á los enemigos, tomando sus posiciones de flanco ó revés; pero habiéndose visto la ineficacia de la medida por estar los rebeldes parapetados en las casas del lado opuesto, mandó replegar á la poblacion tanto la pieza como la compañía de Lafuente: al anocheecer, habia cesado el fuego de una y otra parte como de comun acuerdo.

A las diez y media de la noche los rebeldes lograron sorprender el parapeto que dijimos antes se habia construido en el zahuan de la casa del cura; porque con las muchas vigiliias y cansancio que habian sufrido el oficial y tropa el sueño los habia rendido y se quedaron dormidos; al mismo tiempo que el único cabo que se hallaba en la misma guardia se pasó á los enemigos;

pero afortunadamente tanto el oficial como los cuatro soldados que estaban á las órdenes de éste se lograron salvar y dar alarma á los demas puntos poniéndoos en movimiento contra los facciosos. Estos, luego que se vieron dueños del dicho zahuan pretendieron desembocar por él á la plaza; pero el coronel D. Nicolas Condelle lo estorbó haciendo que el segundo ayudante de su batallon D. Antonio Osorio cargara sobre ellos con unos cuantos soldados á la bayoneta, lo que se verificó con el mayor denuedo, y por consiguiente se replegaron los enemigos otra vez en el zahuan, cuya puerta tuvieron cuidado inmediatamente de atrancar por dentro con palos, piedras, &c., verificando otro tanto con las ventanas que caian á la misma plaza y que los nuestros intentaban forzar para introducirse por ellas y desalojarlos de la casa. No habiendo podido conseguirse esto, el coronel Condelle mandó retirar á Osorio con su tropa é hizo poner un cañon de á cuatro y el obus en el átrio de la iglesia para desde allí batir la mencionada casa del cura, bajo la direccion del ayudante inspector D. José Juan Sanchez; y éste lo verificó de tal manera ayudado y sostenido por el capitán Lafuente, el de igual clase, Tenorio, el alferez Pizaña, teniente de Morelos D. José María Clavel, la poca tropa que habia de este mismo batallon y otros pocos presidiales, que los rebeldes no se atrevieron nunca á emprender una salida ni á comprometer la accion general.

Cuando esto sucedia el general Cos no se hallaba allí, porque habiéndose propuesto en la tar-

de dar al dia siguiente un ataque general al campo enemigo desde la ciudad y el punto del Alamo se habia pasado á este punto desde al principio de la noche para disponer lo conveniente. Fuéle, pues, muy sensible lo ocurrido en la plaza de Béjar luego que se le dió parte; porque previó las muchas dificultades que se presentaban para conservar la poblacion una vez ocupadas sus principales casas por el enemigo, y no menos para defender al mismo tiempo el Alamo y poderse procurar los medios de subsistencia para los hombres y caballos que guarnecian ambos puntos.

Era en efecto, tan difícil y comprometida la situacion de aquel gefe; como puede concebirse si se considera que aunque le habian llegado de refuerzo, cuarenta y siete infantes de Morelos; catorce artilleros: ciento cincuenta hombres de caballeria presidial; y cuatrocientos reemplazos que cuidar, eran por todos seiscientos consumidores mas para los cuales no tenia víveres de ninguna clase y los que podian proporcionarse, era preciso irlos á traer de Laredo y Rio-Grande; es decir, lo menos á sesenta leguas de distancia de allí. La tropa de la guarnicion aunque antes de llegarla aquel refuerzo estaba alentada con la esperanza de los auxilios de todas clases que aguardaban á la llegada del comboy, no dejó de manifestar su descontento, algun tanto tan luego como se desengañó de que en vez de víveres, les habian traído hombres que cuidar y que ayudasen á consumir los que hubiese todavía en la plaza. Por otra parte, la

la mayor parte de los gefes y oficiales y muchos otros individuos de las otras clases, estaban heridos: la infanteria útil que quedaba era insuficiente para defender al mismo tiempo el Alamo, y la Iglesia y las casas restantes de la ciudad; y las municiones de cañon, habian casi concluido y quedaban muy pocas de fusil. El partido mejor que le quedaba que tomar en tales circunstancias le parecia que era el de reunir toda su fuerza en el Alamo en donde desmontando parte de su caballería, para que ayudasen á la infantería á hacer el servicio de la guarnicion podia sostener esta, y hacer salir el resto de aquella montada en los mejores caballos, ya para que operasen sobre los flancos y espalda de los enemigos, ya para proporcionarse víveres hasta la llegada del ejército que suponía próxima.

Con este intento mandó al coronel D. Nicolas Condelle para que procurase hacer con la anticipacion, órden y disimulo conveniente, la retirada de la ciudad de los heridos y enfermos, y cuanto armamento, municiones depósitos &c. existian en ella pertenecientes á la guarnicion; y que hecho esto lo verificase tambien toda la tropa que estaba á sus órdenes.

El Sr. Condelle recibió esta órden á cosa de las dos de la mañana del dia diez y en el instante (aunque con bastantente sentimiento) hizo dar principio á la operacion, llamando al efecto á la plaza las compañías presidiales *Laredo Rio-Grande y Agüa Verde*. Pero desgraciadamente los capitanes D. Juan Galán y D. Manuel Rude-

cindo Barragán, que hasta aquel dia se habian conducido con honor y valor, en vez de entrar en la plaza hicieron montar á las dos últimas compañías nombradas, de que eran capitanes y se retiraron con ellas en direccion de Rio-Grande, llevándose ademas diez y ocho hombres de la compañía de la Bahía; haciendo mas escandaloso y perjudicial este ejemplo inaudito en las tropas mexicanas la imitacion el mismo ayudante inspector de Coahuila y Tejas D. Juan José Elguezabal que tambien se fué con aquellos arastrando tras si á veintitres hombres de primera compañía de Tamaulipas.

Esta desercion produjo una baja en los defensores de Béjar de seis oficiales y ciento sesenta y nueve hombres montados; tambien se desaparecieron en la misma noche el capitan de la compañía de Lanceros D. Ignacio Rodriguez y un sargento y tres hombres montados. El desórden y desaliento que estas vergonzosas defecciones mas bien que deserciones, pudo en aquellos momentos originar en todas las demas tropas, especialmente habiéndose divulgado que se habian pasado á los enemigos y que el general Cos habia muerto, fué sin embargo todavía de menos consecuencias por la firmeza del Sr. Condelle, la circunspeccion del capitan Lafuente y la desicion de los demas oficiales y tropa que se mantuvieron con honor y se empeñaron generosamente en cumplir á cual mejor, cada cual con sus deberes.

Así fué como la operacion de la retirada se practicó con el mayor órden y se sacaron de

la ciudad los heridos, la tesorería, las municiones, nueve piezas de artillería, los atajos de mulas, y en fin, todo cuanto habia en ella. A las siete de la mañana se hallaba en salvo y en camino para el Alamo, escepto una pieza de á 4 y la tropa del batallon Morelos que tenia á sus órdenes el ayudante inspector D. José Juan Sanchez, á quien sin saberse por qué causa no se le hizo saber la orden de retirada. Pero si la desercion referida de las compañías de la Bahía, de Tamaulipas, la de sus capitanes y la del ayudante inspector con los demas oficiales que los siguieron no causaron desórden ni desaliento en las tropas que se retiraban de Béjar no sucedió así en las que estaban en el Alamo, y entre las que el desórden y el disgusto fueron poco menos que generales.

Y como se habian retirado allí desde los dias anteriores, las mugeres, muchachos &c., que componian las familias de las tropas; viendo estas el extraordinario movimiento de los soldados; cacar sus armas, ensillar con apresuramiento, y que algunos de los que estaban en aquel punto, tiraban las sillas y los correages por los parapetos hácia fuera para activar las operaciones, creyeron que toda la guarnicion de Béjar habia perecido y que aquella retirada de los que venian, y precipitacion de los que salian del fuerte, eran las consecuencias de una total derrota, se apoderó de tal espanto, que aumentaron el desorden con sus gritos, llantos y carreras que daban sin objeto, bagando de una parte á otra, y difundiendo así el desaliento en la misma tropa, que ató-

nita no alcanzaba tampoco á adivinar de que provenian aquellas demostraciones. En vano el general Cos pretendia tranquilizar los ánimos y restablecer la debida circunspeccion, como se necesita en momentos tan serios y dificiles; para el buen éxito, porque los intempestivos gritos de *traicion, nos quieren entregar, somos perdidos*: que se comenzaron á multiplicar, no solo apagaran la voz del aflijido general, sino que confundido entre la multitud por la oscuridad de la noche que á pocos momentos sobrevino, fué atropellado y maltratado de una manera brutal (1). Mas al fin pudo restablecer algun tanto el órden, y conociendo entonces cuán crítica era la situacion en que se hallaba y la imposibilidad que tenia para llevar adelante el proyecto de resistencia que se habia propuesto, y mucho menos despues de habérsele desertado cerca de doscientos hombres, y éstos de los mas bien montados, ya solo pensó en limitar sus operaciones, á las que eran necesarias para una rigurosa defensiva. Mas

(1) Este pasage nos recuerda el que refiere Tácito ocurrido al valiente Legado Aulo Cesina en una ocasion en que los romanos estrechados por los germanos, tuvieron que pasar la noche y defenderse en un sitio pantanoso y muy estrecho. "Acaso, dice, un caballo, habiendo roto el cabestro, y corriendo de acá y de acullá, espantado de las voces y del ruido, hizo huir á algunos de los que concurrieron á detenerle: esto, pues, causó tal espanto en el ejército, pensando que los germanos estaban en el campo, que á gran furia comenzaron á salir de él;" y no pudiendo con la voz ni con la espada Cesina se arrojó en el suelo y así pudo lograr aunque con riesgo de ser aplastado y muerto, contener la fuga de los soldados. (Anales. lib. 1º)

aun para ésta tambien le faltaban los elementos mas indispensables, como municiones, víveres, medicinas, forrages, &c., agregándose á estas dificultades la de que la capacidad del recinto del Alamo era insuficiente para contener en sí el número de tropa y el de familias que allí se habian refugiado, y mucho menos los caballos, y ademas carecia de agua y leña, siendo preciso tomar la primera del rio, que podia ser defendida á tiro de pistola por los enemigos, y la leña era necesario ir por ella á una legua de distancia.

En este conflicto que la reunion de circunstancias tan melancólicas hacia mayor, ordenó á las seis de la mañana siguiente al teniente de la segunda compañía activa de Nuevo-Leon D. Francisco de Rada para que con el caracter de su ayudante fuese á la plaza de Béjar, donde habia quedado el ayudante inspector D. José Juan Sanchez para que se reincorporase al Alamo, inmediatamente abandonando el punto que habia quedado defendiendo en la ciudad. Pero Sanchez contestó á Rada que no podia abandonar la batería que mandaba, y que creia firmemente que esto se le decia porque el Sr. general Cos habia muerto: Rada comunicó esta respuesta al Sr. coronel Condelle, y éste previno á Sanchez que le entregara el punto y marchara á presentarse al general, yendo seguro de que no habia muerto.

El general Cos luego que tuvo en su presencia á Sanchez, incorporándose en la cama en que estaba postrado le dijo: *“por la cobardía y la per-*

fidia de muchos de los que creiamos nuestros compañeros, todo se ha perdido: vaya vd. á salvar á los valientes que defienden la plaza, y lo autorizo á vd. para que se aproxime al enemigo y saque de él el partido que sea dable. Salve vd. el decoro de nuestro gobierno, el honor de sus armas, y el honor, vidas y propiedades de los gefes, oficiales y tropa que aun me acompañan, y aunque perezca yo.” El general asoció á Sanchez para el desempeño de esta comision, á D. Ramon Musquis y al teniente Rada, y los tres marcharon acompañados de un clarin para la ciudad de Béjar, en cuyas calles encontraron al batallon Morelos que con la bandera y unos cuantos soldados de caballería presidial se retiraban en el mejor orden mandados por el Sr. coronel Condelle, y llevando á su retaguardia un cañon de á 4, (última pieza que quedaba en la plaza), á las órdenes del teniente de la segunda compañía volante de Tamaulipas, D. Juan Manuel Maldonado.

Mas cuando los comisionados llegaron á la plaza principal el enemigo ocupaba todas las casas de ella del lado del Norte y aunque ninguno se dejaba ver se distinguian sus rifles que asomaban por algunas ventanas y los ahujeros practicados en las paredes. En vano se les tocó parlamento, pues no entendiendo tal toque y siendo muy violenta la posicion de Sanchez y compañeros que veian apuntados hácia ellos algunos rifles, resolvieron poner un pañuelo blanco en una vara, á cuya señal salieron como treinta hombres de entre la ruina de la puerta de la casa del cura y estos preguntaron á San-

chez que queria, Sanchez contestó que venia mandado por su general á hablar con su comandante y que así que se avisase á la persona que los mandaba que no compareció hasta las nueve de la mañana diciendo llamarse D. Eduardo Wurlensont y acompañado del que se titulaba mayor general Tompsom y los nominados capitanes D. J. Morris y D. N. Edelt. El primero preguntó á los comisionados el motivo de su venida y Sanchez le contestó que él, de pedir una corta suspension de armas para que los efectos funestos de la guerra no gravitaran sobre los heridos mugeres y niños y demas de la poblacion que estaban indefensos. Wurlensont manifestó que tales sentimientos estaban en consonancia con los suyos, pidiendo las credenciales de aquella mision y no habiéndose podido presentar, declaró á Sanchez y sus compañeros prisioneros de guerra. Advertidos de ésto, Sanchez pidió se le permitiera dar conocimiento de lo que pasaba á su general y habiéndosele concedido, mandó al teniente Rada al Alamo y este regresó (á las 11) con un oficio firmado por el general Cos en que decia á Wurlensont ser cierta la propuesta de sus comisionados. En consecuencia se hicieron proposiciones por una y otra parte que á la vez fueron desechadas ya porque así lo exigia el pundonor de los soldados mexicanos de una parte ya porque no quedaban satisfechas la ambicion y petulancia de los colonos por la otra que (engreidos en su posicion y muy cierto de lo difícil, y mas difícil, que á cada momento se hacia la de las tropas

del gobierno, reducidas al recinto del Alamo, en donde no habia víveres ni aun agua para los hombres) querian que los gefes y oficiales de la guarnicion, toda, quedaran prisioneros de guerra y que la tropa rindiera las armas, con otras pretensiones tan indecorosas como exesivas é insultantes. Así se pasaron toda la tarde y noche del dia 10 en disputar entre los comisionados reunidos al efecto en las casas consistoriales de Béjar y á quienes servian de interpretes D. Miguel Arsiniega y D. Juan Cameron, hasta que á las dos de la mañana del dia 11 Tompson, Morris y Edelt presentaron á nombre de Wurlensont (presente éste) unas proposiciones reducidas á que la division del gobierno se retirara armada, municionada y con todos los honores de la guerra á disposicion del mismo hasta las márgenes del Rio Bravo; que los heridos imposibilitados para marchar serian atendidos y curados de cuenta de las fuerzas coloniales: que estas respetarian las vidas y propiedades en general y en particular de todos los habitantes de Béjar: que á las fuerzas que se retiraban les darian los colonos aguardiente, arros, café, mais y azucar: que las personas que quisieran seguir á la division mexicana ó quedarse en Béjar eran libres para hacer uno ú otro sin que su proceder les parara en ningun perjuicio; y últimamente, que á cualesquiera duda que ocurriera se resolveria por solo los seis comisionados, precisamente á favor de las tropas que se retiraban. Tales proposiciones le parecieron racionales á Sanchez Murguis y Rada y en con-

secuencia las aceptuaron y consiguieron formalmente que por cuatriplicado en castellano y en ingles firmando, todos los tres comisionados juntamente con Tompson, Morris y Edelt y los interpretes Arsiniega y Camaron; pero reservando al señor general Cos, el aprobar ó reprobado los expresados artículos, los cuales fueron aprobados para dicho general con algunas prudentes modificaciones entre las que tubo lugar la de no recibir los efectos que los colonos ofrecieron de auxilio para su marcha; porque (fueron sus palabras,) "el ejército mexicano, ni recibe, ni necesita recibir nada dado de sus enemigos."

El dia 12 se empleó en arreglar lo necesario para la marcha y esta se emprendió el 13 de Diciembre para la villa de Laredo en el mayor orden, llevando un cañon de á cuatro con algunas municiones para él, y todo el número de hombres que ascendia á mas de ochocientos incluso los reemplazos, armados de fusil, bayoneta y municiones á razon de cincuenta cartuchos sin olvidar los víveres, equipajes, &c. &c.

En Béjar fué indispensable dejar algunos oficiales y soldados heridos, que no estaban en estado de poder ponerse en camino. En los primeros se contaban el primer ayudante D. José María Mendoza, el capitán D. Benito Zenea, el teniente de la segunda compañía de Nuevo-Leon D. Francisco Rada, y el subteniente D. Ignacio Solio, que se quiso quedar voluntariamente para curarlos. De los soldados no tenemos conocimiento, quienes, ni cuantos fuesen.

Y pues dejamos ya en marcha al general Cos,

y la seccion de su mando, dignos de mejor destino, volvamos un poco atras, para saber, lo que entre tanto que estos sucesos pasaban en Béjar, hacia de su parte el gobierno de la República en la capital de México.

ARTÍCULO XVI

